



# 1º Congresso Internacional de História Regional

Mercosul: integração e desencontros.

28 a 30 de setembro de 2011

**ANAIS ELETRÔNICOS DO  
I CONGRESSO  
INTERNACIONAL DE  
HISTÓRIA REGIONAL**

**- Volume III -**

**Adelar Heinsfeld  
Ana Luiza Setti Reckziegel  
Gizele Zanotto  
(organizadores)**

**ANAIS ELETRÔNICOS DO  
I CONGRESSO INTERNACIONAL  
DE HISTÓRIA REGIONAL**

**- Volume III -**

ISBN 978-85-64144-01-9



9 788564 144019

**Programa de Pós-Graduação em História  
Passo Fundo, setembro de 2011**

### **Comitê Executivo**

Adelar Heinsfeld (UPF)  
Ana Luiza Setti Reckziegel (UPF)  
Gerson Trombetta (UPF)  
Gizele Zanotto (UPF)  
Ironita Policarpo Machado (UPF)  
Janaína Rigo Santin (UPF)  
João Carlos Tedesco (UPF)

### **Comitê Científico**

Álvaro Antônio Klafke (UPF)  
Cláudia Mariza Brandão (UFPEL)  
Diego Buffa (UNC)  
Eduardo Jordão Knack (UPF)  
Eduardo Neumann (UFRGS)  
Eduardo Palermo  
Elison Antonio Paim (UNOCHAPECÓ)  
Francesca Rimaro (Università degli Studi/Trento)  
Gerson Luís Trombetta (UPF)  
Gunter Axt (Axt Consultoria Histórica)  
Ilanil Coelho (UNIVILLE)  
Ironita Policarpo Machado (UPF)  
João Klug (UFSC)  
Jorge José Barros de Souza (UERJ)  
Luiz Carlos Tau Golin (UPF)  
Marcos Nestor Stein (UNIOESTE)  
Maria de Fátima Guimarães (USF)  
María José Becerra (CONICET-UNC)  
Maria Medianeira Padoin (UFSM)  
Mário José Maestri Filho (UPF)  
Marta Rosa Borin (Doutora pela UNISINOS)  
Paulo Marcos Esselin (UFGD)  
Raquel Paz dos Santos (UFRJ)  
Rosane Marcia Neumann (UPF)  
Thaís Janaina Wenczenovicz (UERGS/Erechim)  
Victoria Baratta (UBA)  
Vitor Biasoli (UFSM)

## Promoção





*Anais Eletrônicos do I Congresso Internacional de História Regional (2011) - ISBN 978-85-64144-01-9  
- Volume III -*

## SUMÁRIO

<b>PODER SIMBÓLICO Y RELATO DE LA HISTORIA</b> León Pomer	2735
<b>AMÉRICA LATINA: DE LA HISTÓRICA FRAGMENTACIÓN A LA NECESIDAD DE UNIÓN</b> Leandro Morgenfeld	2748



*Anais Eletrônicos do I Congresso Internacional de História Regional (2011) – ISBN 978-85-64144-01-9  
- Volume III -*

## **PODER SIMBÓLICO Y RELATO DE LA HISTORIA**

León Pomer

En la oculta desnudez de su núcleo duro el poder lo sabe: la sola violencia física tiene corto alcance. No lo ignoraban remotos pensadores: para dar consistencia al poder y asegurar el equilibrio de la sociedad que lo sustenta era/es necesaria la conquista plena de las subjetividades. Había/hay que modelarlas, evitar que emprendan vuelos propios y autónomos, diferenciar el papel de cada estrato social e instalar en ellos los valores, los mitos, los saberes inherentes a su papel en la sociedad.

Hace unos 2.400 años lo enseñaba Platón. En La República censuraba a Hesíodo y Homero por haber contado fábulas que denigraban a los dioses. Aun cuando verdaderas, decía, era preciso evitar el daño provocado por las denigraciones cuando relatadas a "seres desprovistos de razón, cual son los niños" Era preferible sepultar las fábulas en el silencio, o limitarse a hablarlas frente a auditores calificados para no hacer mal uso de ellas. Platón no acusaba de mentirosos a los citados autores, los mayores del patrimonio cultural griego de aquel tiempo. Sugería que apenas unos pocos auditores sabrían asimilar la verdad, sin por ello erigirse en enemigos de la sociedad. Es de enorme importancia, agregaba, que las primeras nociones que escuche el niño sean fábulas imaginadas para conducirlo a la virtud. Y en este caso, la virtud consistía en no poner en duda la constitución de la sociedad ateniense, con sus esclavos y sus hombres libres, con las mujeres y los extranjeros excluidos de los negocios públicos. Aquel gigante del pensamiento postulaba una pedagogía para modelar las subjetividades, para reducir las a una mansa conformidad con lo existente. Platón se hubiera enojado con Maquiavelo, cuando siglos más tarde, en sus Comentarios Sobre la Primera Década de Tito Livio, este se atrevía a escribir: "Los pecados de los pueblos nacen de los príncipes" Platón no hubiera aprobado esta frase, aunque la supiera verdadera.

Para el entero apoderamiento de las subjetividades, para lograr una adhesión no necesariamente conciente, el poder precisó/precisa conducir las percepciones, orientar las sensibilidades, dotar al pensamiento con un instrumental de categorías clasificatorias, de estereotipos verbales, de verdades preconcebidas estructurantes de



*Anais Eletrônicos do I Congresso Internacional de História Regional (2011) – ISBN 978-85-64144-01-9  
- Volume III -*

la subjetividad. Clifford Geertz lo dijo así: la cultura desde la que pensamos está constituida como una serie de mecanismos de control, o programas extra-genéticos. Eso quiere decir que los adquirimos, que no son inherentes a nuestra biología. Programas guías, programas que encaminan nuestra acción mínima o mayúscula, prominente o insignificante en el devenir del avatar histórico en que estamos insertos. Escribía Hegel que “en la historia universal y mediante las acciones de los hombres, surge algo más que lo que ellos se proponen y alcanzar, algo más de lo que ellos saben y quieren inmediatamente. Los hombres satisfacen su interés; pero al hacerlo, producen algo más que está en lo que hacen, pero que no estaba en su conciencia ni en su intención” Hegel declaraba que esas acciones producen lo universal. Nosotros diremos que ese “algo más” que producen las acciones, que no está en la conciencia ni en la intención pero ha sido entronizado en la subjetividad, deviene reproducción del sistema de dominación.

## **EL UNIVERSO SIMBÓLICO**

Lo constituyen la propaganda y los mitos, la lengua que hablamos, el arte y las tradiciones, el imaginario histórico, la ciencia, la religión y las supersticiones. Explicaba Ernst Cassirer, **“forman los diversos hilos que tejen la red simbólica”**, que nos envuelve de tal manera que el hombre **“no puede enfrentarse ya con la realidad de un modo inmediato, no puede verla, como si dijéramos, cara a cara (...) Entre la realidad y nosotros existe la interposición de este mundo artificial, creado por el hombre”** Varía la trama del universo simbólico en diferentes tiempos y sociedades, no es la misma la que envuelve los diferentes estratos de una sociedad. Mudan los componentes que la componen y el peso de cada uno en la totalidad simbólica.

El universo simbólico constituye **“un poder de construcción de la realidad que tiende a establecer un orden de conocimiento”**, advierte Bourdieu, lo que equivale a decir que entraña una epistemología, una teoría y práctica del conocer y el desconocer, una manera de saber y no saber, una memoria y una desmemoria más todo lo que la red conlleva de emocional. Equivale a una realidad construida mediante procedimientos que generan una visión de mundo, un sentido de la realidad que



*Anais Eletrônicos do I Congresso Internacional de História Regional (2011) – ISBN 978-85-64144-01-9  
- Volume III -*

naturaliza lo existente. Bourdieu alertaba a propósito del poder simbólico: “es necesario saber descubrirlo donde menos se deja ver, donde es más completamente ignorado y por lo tanto menos reconocido”; y creo poder decir que si ruidoso y omnipresente, deslumbrante a veces, mostrando mil caras diferentes, “es un poder invisible (retomo a Bourdieu) que sólo puede ser ejercido con la complicidad de aquellos que no quieren saber que le están subordinados o que lo ejercen”

### **LOS SIMBÓLICO COMO PODER: procedimientos**

Lo simbólico siempre es un poder, pero en todo agregado humano verticalmente estratificado (sea cual fuere su índole y naturaleza) ese poder adquiere, es dotado de una función específica: imponer/mantener la dominación que emana de un grupo social detentador de una posición de privilegio y controlador de una superior capacidad de coacción física. Son variados los recursos/procedimientos del poder simbólico, coadyuvantes decisivos del poder físico en sociedades verticalmente estratificadas. El antropo - lingüista Edward Sapir enseñaba que siendo el habla **“una de las variables más importantes que median entre el individuo y la conducta (...) la forma lingüística es un condicionante poderoso de lo que se aprende y el cómo se aprende”**. Gregory Bateson, sabio de múltiples saberes, corroboraba: **hablar una lengua es compartir una epistemología subyacente, o sea una verdadera teoría y práctica del conocimiento**. Y agregaba con rotundidad: **“hay una elección que precede a nuestras elecciones”** En la lengua que hablamos y en que pensamos, concuerdan Sapir y Bateson, hay estructuras subyacentes socialmente adquiridas que literalmente nos piensan, que conducen el pensamiento y conllevan emociones. Sapir explicaba que las leyes que estructuran nuestros discursos escapan parcial o totalmente a la aprehensión de los hablantes, en consecuencia están menos expuestas a la acción de lo que él llamaba de “perturbadora”: las racionalizaciones que no cesan de modificar y remodelar los otros dominios de la cultura.

Dependiendo del nicho vital específico en que se construyen las historias personales, parte constituyente aquel de una totalidad social, así serán las estructuras adquiridas.



*Anais Eletrônicos do I Congresso Internacional de História Regional (2011) – ISBN 978-85-64144-01-9  
- Volume III -*

Un primer ejemplo es la lengua, o en verdad el espacio o fragmento utilizado en un ámbito social específico, con las modalidades propias de ese ámbito. Desde las más remotas sociedades verticalmente estratificadas la cultura que genera el poder para perpetuarse como dominación introduce en el lenguaje formas estereotipadas de pensamiento, de percepción y de sentimiento. Si parcialmente compartidas por la entera sociedad, cada clase o estrato, cada nicho de vida tendrá sus particularidades.

Un procedimiento que impulsa e impone la cultura de la dominación reside en la imposición de **“sistemas de clasificación y estructuras mentales objetivamente ajustadas a las estructuras sociales”**, observa Bourdieu; y recuerda que Durkheim hablaba de **“las formas de clasificación”** con las que construimos el mundo. Palabras de inocente apariencia devienen organizadoras de una visión de mundo, imponen juicios, aprobaciones y rechazos un en: **“el lenguaje es enorme depósito de construcciones naturalizadas”** que repetimos sin reflexión. Esa implacable e impensada recurrencia es el fundamento de nuestras prácticas, a comenzar por las que hacen a la relación con el Otro y con la naturaleza.

Las categorías clasificatorias inscriptas en la lengua son afectas a las oposiciones binarias: proponen una realidad de pseudo antagonismos, de polaridades inconciliables. Las categorías clasificatorias son instrumentos primordiales. Clasificar es establecer un orden, establecer jerarquías, suscitar una cierta temperatura emocional. En sociedades verticalmente estratificadas jerarquías y orden no pecan de inocentes: disimulan / ocultan, distraen de los enfrentamientos y contradicciones que realmente atraviesan, recortan y dividen esas sociedades. Los verdaderos antagonismos pasan a un plano secundario, detrás del telón de las falsas oposiciones. Las categorías bipolares no devienen de la atribuida naturaleza de las cosas, de la índole o el color de las personas, no están inscriptas en su ajenidad o cercanía. Pero habitan el habla cotidiana, imponen persuasiones. La palabra no se limita a designar, persuade, condena o absuelve, recomienda o rechaza, ensalza o denigra. . Veamos algunos ejemplos: puro/impuro, bárbaro/civilizado, arriba/abajo, duro/blando, derecha/izquierda, negro/blanco, culto/inculto, claro/oscurito, progreso/estancamiento etc.



*Anais Eletrônicos do I Congresso Internacional de História Regional (2011) – ISBN 978-85-64144-01-9  
- Volume III -*

Las bipolaridades esquematizan sin matices, pero jerarquizan: lo blanco está por encima de lo negro, la barbarie por debajo de la civilización, el progreso pasa por ser un avance favorable. Desde los antiguos griegos, la cultura euro-occidental (otro capítulo son las culturas orientales) dividió a la especie humana en bárbaros y civilizados, los primeros una suerte de sub-humanidad, los segundos categorizados como de humanidad entera. La pureza es excelsa, lo impuro es lo adulterado. La eficacia de las bipolaridades reside en su rotundidad, en los significados que cargan, en la fácil simplificación de la realidad. De ahí que instalan con extrema solidez puntos de vista, condenas y absoluciones, estigmas y elogios. Son esquemas inscriptos **“en lo más íntimo de los cuerpos”**, escribe Bourdieu. Nada tienen que ver con lo biológico, pero su repetición irreflexiva crea la sensación que allí estuviera su origen. Los neurólogos sostienen que las recurrencias se automatizan en el cerebro bajo la guía de específicos circuitos neurales contruidos por las recurrencias. Prodigio del cerebro. Economía de esfuerzo que se vuelve contra el sujeto que se mueve en el universo de las prácticas y los valores de la dominación: universo de los nada inocentes aunque inmateriales objetos simbólicos vehiculados en la sociedad verticalmente estratificada para servir de fundamento a la cultura social. Lo que importa es que esta, con la suma potenciada de los productos que la integran, se convierta en la lente que se interpone entre el sujeto y la realidad; la lente que da forma y color a lo que ve y percibe y toca a su ser sensible.

Es de señalar que en el lenguaje, el sentido socialmente atribuido a las palabras predomina sobre su estricto significado de diccionario: han sido socio - culturalmente dotadas para producir o despertar en la conciencia una serie de interesados eventos psicológicos. Las palabras no sólo nominan, califican, indican acciones: poseen plurales campos de significación, comportan asociaciones, producen resonancias emocionales. Cuando para entender el mundo, aplicamos los productos intelectuales de la dominación, es obvio que renegamos de un pensamiento autónomo y una categorización autónoma de los fenómenos sociales

Hablamos de idioma, de polaridades como procedimiento del poder simbólico como instrumento de dominación. Hablemos ahora de otro procedimiento: la visión preconcebida, la imagen forjada/imaginada de una realidad que no proviene de la realidad misma, de las experiencias inmediatas. Imaginaciones, agreguemos, que



*Anais Eletrônicos do I Congresso Internacional de História Regional (2011) – ISBN 978-85-64144-01-9  
- Volume III -*

asumen formas y contenidos incongruentes con lo tenido como normal y civilizado, como lo enteramente humano. Las ideas preconcebidas siempre fueron/ son hermanas siamesas de la autoatribuida superioridad euro-occidental. Veamos un ejemplo de una historia que nos es cercana. El duque de Caxias, comandante en jefe del ejército brasileño, un soldado veterano, no pudo explicarse con las imágenes y convicciones de su pensar preconcebido los motivos auténticos de la increíble defensa que hizo el pueblo paraguayo de su país. Caxias llegó a atribuir a Solano López dotes sobrenaturales: la capacidad de embrujar a su pueblo, de imbuirlo de una voluntad ajena y de llevarlo a la muerte. La visión preconcebida que el eminente militar, y señor Mitre, jefe del ejército reclutado por la fuerza en la Argentina, atribuía al pueblo guaraní una deplorable y disminuida condición humana. No había manera de explicar aquella resistencia, aquel denuedo, desde la visión preconcebida traída de Europa por los conquistadores de este mundo que llamaron nuevo y que Hegel consideró mundo inferior, deficiente e inmaduro. Aquellos altos jefes militares no entendieron que la revolución producida por Gaspar de Francia, torvo dictador, personaje oscuro de todas las oscuridades según la visión acuñada por sus enemigos, había sido la única verdadera revolución realmente consumada en el antiguo virreinato del Rio de la Plata, Y que los campesinos guaraníes, sus beneficiarios, lucharon en la guerra defendiendo lo propio, lo que por cierto no sucedió en la Argentina ni en el Brasil de los “voluntarios de la patria”. El poder simbólico dominante poseía, y sigue poseyendo, un fundamental elemento de visión preconcebida.

En el esfuerzo del poder desnudo, poder sin adjetivos, por adecentar su aspecto y afirmarse y prevalecer, y obtener los favores de las masas, el relato histórico adquirirá considerable relevancia. Fue fundamental en los comienzos de nuestros procesos nacionales; sigue importando. Es un aspecto de la actual contienda simbólica. En nuestra América ex colonia ibérica el relato de la historia será el primer instrumento en la construcción de la hegemonía cultural de una clase dominante; o en el caso argentino de una clase que se estaba gestando como tal. No es una invención de nuestra América: viene ocurriendo desde tiempos remotos, ocurre en todas las latitudes del planeta. La cultura creada para hegemonizar siempre debió funcionar como inmaterial tejido sobrepuesto a la realidad. El imaginario histórico/mítico/legendario, o apenas legendario y mítico, o puramente histórico, debía contribuir a través de una prolongada



*Anais Eletrônicos do I Congresso Internacional de História Regional (2011) – ISBN 978-85-64144-01-9  
- Volume III -*

catequización laica, con eficaz apoyo práctico de la religión oficial, a que un determinado agregado humano diferenciado y heterogéneo construyera su identidad colectiva, se asumiera como unidad que subordina las diferencias y acepta las jerarquías que esa identidad comporta.

La función y propósito del imaginario histórico, mítico, legendario es variada y polivalente: consagra como hechos de la naturaleza las jerarquías y la verticalidad social, y en ese contexto acepta o propone que grupos sociales subalternos son padecedores de una lamentable inferioridad biológica. El teórico inglés Herbert Spencer (para dar un nombre que hizo época) tuvo devotos aprendices en estas tierras. Aun los tiene El imaginario histórico invariablemente distingue entre el bien a la patria y el mal que debe ser castigado, entre el amor y lealtad a aquella y el sacrificio que exige incluso al precio de la propia vida; indica los héroes y los propone como ejemplo, como valores comunes a todos los hombres, sea cual fuere su lugar en la sociedad, alecciona sobre lo social y patrióticamente aprobado y reprobado.

En nuestro continente, los Estados constituidos o en vías de constituirse crearán como parte relevante de sus imaginarios verdaderos Olimpos habitados por los personajes militares y civiles que el poder elegirá para proponer al entero conjunto nacional como valores comunes, ejemplos de heroísmo, dechado de virtudes patrióticas, lazos de unión. Las figuras populares no entrarán en ese ámbito. Los pueblos serán trasfondos opacos, si acaso decoraciones de cartón pintado, conglomerados humanos de vaga e incierta identidad. En torno del imaginario de héroes y patriotas y figuras soberbias y batallas heroicamente ganadas o deplorablemente perdidas, deberán juntarse en una unanimidad de admiración y respeto reverencial los que en la vida cotidiana antagonizan y distan de prodigarse simpatías. El imaginario histórico nacional eliminará en el plano ideal las contradicciones reales.

La Guerra de la Triple Alianza permite observaciones desde varios ángulos, algunos escasamente frecuentados por los historiadores. Los poderes que la desataron se apresuraron a rodearla de un imaginario, primero liberal positivista, que llamaremos propagandístico preparatorio; en seguida será historia legitimadora de los triunfadores. Esta, y ahora quiero hablar de la Argentina, no ha cesado su tarea en todos los niveles



*Anais Eletrônicos do I Congresso Internacional de História Regional (2011) – ISBN 978-85-64144-01-9  
- Volume III -*

de la enseñanza. Sus estrategias son la mención minimizadora o fragmentada, o la omisión deliberada. Las versiones no canónicas de la historia serán negadas o silenciadas. Quien habla lo conoce en carne propia. El poder simbólico se muestra intransigente: su imaginario, sus héroes y personajes conspicuos son defendido contra viento y marea.

Un éxito del poder simbólico es el mantenimiento de nacionalismos historiográficos obtusos, que presentan y representan las empresas políticas y militares de las clases dominantes como de interés nacional, y por añadidura (es el caso de la guerra del Paraguay) como empresa civilizatoria. La historiografía que se despoja de aquellas lentes ideológico fantásticas que tiñen de extraños y falsos colores la realidad, declara y comprueba que más allá de la retórica patrioter y civilizatoria existían intereses grupales materiales y culturales que distaban mucho de ser los de la heterogeneidad poblacional que habitaba la Argentina de entonces, aun carente de una conciencia nacional, no encontraron motivos para participar en aquella guerra y por eso huyeron de los reclutadores o desertaron en masa provocando levantamientos armados que obligaron a retirar el ejército del frente de batalla y pasar de matar guaraníes a matar argentinos. En parte fue la oposición a la guerra contra los guaraníes; en parte oposición al flagelo de la milicia y la guerra. Esa gesta dio el título para mi libro: "Cinco años de Guerra Civil en la Argentina- 1865-1870" La historiografía de la versión canónica ignoró la magnitud de aquel conflicto interior que mató más gentes que el frente de batalla o lo colocó con la mayor displicencia en el nivel de accidentes aislados producidos por bárbaros.

Un ejemplo de los nobles propósitos de los aliados, celosamente oculto por la literatura canónica, es el largo texto que el duque de Caxias envió el 18 de setiembre de 1867 al Emperador, en el cual se lee que el general Mitre "ha estado muy de acuerdo conmigo en todo, aun en cuanto los cadáveres coléricos se arrojarán en las aguas del Paraná, ya sea de la escuadra como de Itapirú, para llevar el contagio a las poblaciones ribereñas, principalmente de Corrientes, Entre Ríos y Santa Fé, que le son opuestas. El general Mitre también está convencido que deben exterminarse los restos de fuerzas argentinas que aun quedan, por de ellas no divisar sino peligros para su persona" Los máximos jefes de los ejércitos de Argentina y Brasil, por iniciativa del primero, coincidían en



*Anais Eletrônicos do I Congresso Internacional de História Regional (2011) – ISBN 978-85-64144-01-9  
- Volume III -*

matar argentinos mediante el recurso del cólera. El jefe argentino (hecho único probablemente en la guerra de todos los tiempos) ansiaba exterminar no sólo las poblaciones que sabía adversas a sus planes, sino a su propio ejército.

Estamos rodeados de fetiches. El fetichismo que cargan las palabras y las imágenes, maneras conspicuas del poder simbólico, nos distraen y alejan de las verdades duras, pero no de los padeceres de la vida. Una puesta en escena. Debord escribía que el espectáculo concentra todas las miradas, y al hacerlo las aparta de lo otro, de lo que no lo es. El espectáculo, agregaba, es afirmación de toda vida humana como simple apariencia. Y podríamos agregar: es hacer de la apariencia la realidad de la vida

**Lo notable del poder simbólico, su enorme contrasentido, su deslumbrante si que siniestra paradoja, reside en que su ejercicio y reproducción, no por cierto su gestación, está confiado a sus víctimas, a quienes lo vehiculan y consumen: sus sometidos y dominados son quienes tienen en sus manos (en verdad en su cerebro) las armas del sometimiento que manejan contra sí mismos y con que agreden su autonomía de pensamiento.** Se entiende que el poder simbólico oculte sus astucias y multiplique sus máscaras.

Los triunfadores que escribieron la historia del Paraguay de entonces lo hicieron desde las categorías del liberalismo; esa doctrina que sirvió a los intereses y los afanes de poder de las burguesías europeas (la inglesa en primer término), acabó siendo impuesta en gran parte del planeta, y en general adaptada y adoptada por las elites locales. En la Argentina, porque traía el prestigio de sus orígenes intelectuales euro-occidentales, y porque era propagada por la más poderosa y más temida potencia de la época: la Gran Bretaña. Instrumento intelectual y producto orgánico de los pujantes grupos sociales que en Europa habían salido a conquistar el mundo para la diosa mercancía, particularmente a partir de la Revolución Industrial, nadie ignora el papel que atribuyeron a la violencia física: no fue menor el de la violencia simbólica. Ese liberalismo constituía un gigantesco proyecto de estructuración interior y regulación de las sociedades a que estaba dirigido, violando ídoles culturales, sociales y psicológicas, o sea poderosos patrimonios culturales y tendencias desarrolladas en



*Anais Eletrônicos do I Congresso Internacional de História Regional (2011) – ISBN 978-85-64144-01-9  
- Volume III -*

historias específicas; tendencias que no necesariamente debían conducir a lo que buscaban los adalides liberales en su tarea de crear el sistema mundial. Equivocado, aberrante o decididamente contrario a la marcha de la civilización (en verdad civilización capitalista) todo proceso de desarrollo o toda realidad social que se apartara del modelo tenido como ejemplar o pareciera negarlo debía ser destruido: debía destruirse la barbarie. En el Río de la Plata las admiraciones se dividieron entre Estados Unidos, Inglaterra y Francia. La llamada generación de 1837 leyó mucha literatura europea, y muy atentamente al Tocqueville de la Democracia en América, publicada originariamente en 1834. Esa intelectualidad se extasió con la lectura del joven francés que confesaba haber ido a buscar en Norte América algo más que América: buscaba la imagen de la propia democracia, no como apenas un régimen político sino como un hecho total, único y sobre todo específico de una singularidad histórica irreproducible. En cuanto a la democracia inglesa, ciertamente tan admirada por Tocqueville, para la cual la noción central era libertad, los jóvenes en el Plata y otras regiones del antiguo imperio colonial ignoraban (Tocqueville no lo explicó) que era la manifestación actualizada de un individualismo aristocrático y puritano producto de una historia también diferenciada y específica. Tampoco visualizaron la naturaleza del individualismo, producto orgánico de una historia. Productos, unos y otros, que cuando trasplantados de su tierra nativa no dieron resultados apetecibles. Los políticos platenses y brasileros contemporáneos de la guerra y los historiadores que posteriormente se ocuparon del conflicto dijeron no encontrar en Paraguay la réplica del modelo propuesto por las grandes potencias, ni las formas de la libertad inglesa y norteamericana, ni nada que fuera en aquellas direcciones. En lugar de indagar los motivos de un desarrollo histórico específico, y tratar de entenderlo, simplemente se redujeron a juzgar ese país con las categorías del pensamiento y desde la institucionalidad liberal. Por lo demás si este ideario reducía al mínimo la intervención del Estado en la economía, se encontraban en el país guaraní con un Estado que absorbía las actividades más importantes de la nación, manufactureras, mercantiles, docentes y, algo que el poder simbólico detestaba y detesta, orientaciones culturales no congruentes con la suya.

Quienes pensaban las realidades de los años que precedieron al conflicto (1865-1870) no necesariamente habían advertido (a excepción de algunos cerebros lucidos) que se



*Anais Eletrônicos do I Congresso Internacional de História Regional (2011) – ISBN 978-85-64144-01-9  
- Volume III -*

estaba configurando el sistema mundial, motorizado por dos o tres potencias con Gran Bretaña en primer lugar, y detrás Francia y más atrás los Estados Unidos, pese a que nadie escapaba a la sensación de que estaba ocurriendo un gran revoltijo en todos los órdenes de la vida internacional. No todos entendieron (y habló de la gente de buena fe) que sistema mundial, u organización específica y asimétrica de las relaciones entre naciones, pueblos, regiones etc., equivalía a crear en el entero planeta las condiciones para acoger al capital, buscando la ganancia a través de la venta de manufacturas, los empréstitos financieros y la construcción de los ferrocarriles, el telégrafo y los puertos que el capital precisaba para desplazarse. Pero iba para más, construyendo al mismo tiempo las estructuras sociales y el poder simbólico que debía precederlo, acompañarlo y apuntalarlo. El formidable empuje de aquella burguesía con el vigor de una adolescencia no exenta de lacras barrió el entero planeta: creó relaciones asimétricas ( de dominación) a nivel de Estados, países y regiones. Nada escapó a su presencia. Todo lo que contrariara al sistema debía ser doblegado, eliminado, si necesario arrasado. Ciertas “verdades” culturales, jurídicas, institucionales, aparecieron como irrefutables, definitivas, indiscutibles. El poder simbólico de las grandes burguesías de los países centrales será instalado de manera abrumadora en las conciencias, si en los comienzos aun no de los pueblos, si en la de aquellos grupos categorizados como las clases cultas. Los países reputados de atrasados, o incivilizados o decididamente bárbaros fueron transformados en colonias: debieron ser purgados de sus males. El mundo debía ser configurado si no a imagen y semejanza de las potencias centrales (aunque las burguesías subordinadas pugnaban por asemejarse a los modelos ilustres), si estructurado para servirlos, contando con clases locales subordinadas alegremente a la dominación ajena y sacando partido de ella. El conjunto de convicciones y métodos de pensamiento nominados como poder simbólico dieron una enorme contribución. Fue ese poder el que se apoderó de multitud de intelectuales y políticos que a sabiendas o no, de hecho enajenaron su capacidad de pensar con autonomía y de elaborar sistemas conceptuales propios para pensar sus propias realidades, de las que estuvieron y siguen ausentes. Deslumbrados por las luces del progreso europeo, asumieron y desarrollaron incluso con particularidades locales el pensamiento de la dominación.



*Anais Eletrônicos do I Congresso Internacional de História Regional (2011) – ISBN 978-85-64144-01-9  
- Volume III -*

Una idea atractiva, seductora, aparentemente imbatible en su formulación abstracta, fue y continúa siendo (hoy no tanto) la idea de progreso. Aquí quiero dar la palabra a Walter Benjamín, uno de los mayores pensadores frankfurtianos. Observaba Walter un cuadro de Paul Klee que se titula *Angelus Novus*. Se ve en él un ángel, decía, al parecer en el momento de alejarse de algo sobre lo cual clava la mirada. Tiene los ojos desorbitados, la boca abierta y las alas tendidas. El ángel de la historia debe tener ese aspecto, agregaba Benjamin. Su rostro está vuelto hacia el pasado. En lo que para nosotros aparece como una cadena de acontecimientos, él ve una catástrofe única, que arroja a sus pies ruina sobre ruina, amontonándolas sin cesar. El ángel quisiera detenerse, despertar a los muertos y recomponer lo destruido. Pero un huracán sopla desde el paraíso y se arremolina en sus alas, y es tan fuerte que el ángel ya no puede plegarlas. Este huracán lo arrastra irresistiblemente hacia el futuro, al cual vuelve las espaldas, mientras el cúmulo de ruinas crece ante él hasta el cielo. Este huracán es lo que nosotros llamamos progreso. En pocas y breves palabras concluimos: el llamado progreso saliendo de su abstracta belleza de diccionario y encarnado en la vida histórica, se impuso sobre los escombros de pueblos, civilizaciones, tremendas riquezas materiales e intelectuales acumuladas durante milenios e incineradas en los últimos cinco siglos.

Lo que importa enfatizar es que el poder que no amenaza, que no esgrime el palito de abollar ideologías, como lo dijo ese admirable personaje llamado Mafalda, o sea el poder simbólico, es mucho más efectivo como momento de la coerción que el poder político, porque se ejerce en las sombras del disimulo y no para de ejercerse, como lo advirtió Bourdieu años atrás. Porque si aparenta dejarnos en plena libertad de pensamiento, en tanto subjetividades que han incorporado las categorías clasificatorias del poder colonizador, el poder sabe que esa libertad es ficticia, que la autonomía de pensamiento ha sido vulnerada. Sabe que en los cerebros de millones de inocentes quien piensa, siente y percibe es él, el poder, quedando a sus portadores inconscientes la ilusión de estar pensando por sí mismos. El poder regula la memoria social: lo hace a través del poder simbólico. Los dominadores de hoy son los herederos de los que vencieron en el pasado. Walter Benjamín decía que todos aquellos que se hicieron de la victoria hasta nuestros días marchan en el cortejo triunfal de los dominadores de hoy, que avanza por encima de aquellos que hoy yacen en el suelo. Y como ha sido siempre



***Anais Eletrônicos do I Congresso Internacional de História Regional (2011) - ISBN 978-85-64144-01-9  
- Volume III -***

la costumbre, el botín de guerra es conducido también en el cortejo triunfal. ¿Por qué se ocultan los papeles de la guerra del Paraguay? ¿Qué hay para ocultar? Ellos lo saben, nosotros lo imaginamos.



*Anais Eletrônicos do I Congresso Internacional de História Regional (2011) – ISBN 978-85-64144-01-9  
- Volume III -*

## **AMÉRICA LATINA: DE LA HISTÓRICA FRAGMENTACIÓN A LA NECESIDAD DE UNIÓN**

Leandro Morgenfeld<sup>1</sup>

Desde las mismas guerras de independencia latinoamericanas, se comenzaron a debatir diferentes alternativas de unidad o integración de los países del sur del continente. A lo largo de la historia, y producto de las presiones de Estados Unidos y las potencias europeas, y del carácter de la mayor parte de las clases dominantes de los países del continente, la fragmentación siempre se impuso a los proyectos latinoamericanistas. En la década de 1990, los principales debates sobre la “integración” americana giraron en torno a la propuesta estadounidense del ALCA, quedando en principio relegados otros proyectos, como el Mercosur, la Comunidad Sudamericana de Naciones o el ALBA. A principios del siglo XXI, tras el parcial cambio en la correlación de fuerzas en América latina, la estrategia estadounidense de establecer un área de libre comercio continental fue encontrando cada vez más obstáculos: primero en la crisis de la reunión de la OMC en Cancún (2003) y luego en la IV Cumbre de las Américas (Mar del Plata, 2005), momento en el que el ALCA quedó finalmente descartado. A partir de ese entonces, el Mercosur pareció revitalizarse –se sumó Venezuela-, y hasta se creó una nueva organización más amplia, la UNASUR. Más allá de estos cambios, es necesario profundizar el debate para lograr superar los históricos obstáculos para una unidad latinoamericana que exprese el posicionamiento autónomo y antiimperialista que reclaman diversas organizaciones populares en el continente. De estos temas trata la presente conferencia.

### **1. EL SIGLO XIX Y LOS EJEMPLOS DE LA BALCANIZACIÓN: FRACASO DEL PROYECTO BOLIVARIANO Y FALLIDOS CONGRESOS LATINOAMERICANOS.**

La historia de los intentos de “integración” americana se remonta al primer cuarto del siglo XIX, en particular al período inmediatamente posterior a las independencias de

---

<sup>1</sup> Docente de la Universidad de Buenos Aires y el Instituto del Servicio Exterior de la Nación. Investigador del CONICET. Contacto: leandromorgenfeld@hotmail.com / [www.vecinosenconflicto.blogspot.com](http://www.vecinosenconflicto.blogspot.com)



*Anais Eletrônicos do I Congresso Internacional de História Regional (2011) – ISBN 978-85-64144-01-9  
- Volume III -*

los países latinoamericanos, cuando estas nuevas naciones peleaban aún contra el intento de reconquista europea y por el reconocimiento diplomático. Hacia diciembre de 1823, el presidente James Monroe lanzaría lo que se pasó a denominar la “doctrina Monroe” (*America for the Americans*). Estados Unidos estaba empezando a cambiar la estrategia de “prescindencia” que había desplegado desde 1810 en relación a sus vecinos del Sur y las luchas anticoloniales.

Poco tiempo después, en 1824, y a la par que se libraban las últimas batallas contra los ejércitos realistas, Bolívar propuso realizar en Panamá una asamblea continental. Para el Libertador, consolidar una unión latinoamericana, con la protección inglesa, era fundamental para garantizar la independencia de las naciones emancipadas, amenazadas por la reacción conservadora de España y la Santa Alianza europea. Sin embargo, la propuesta bolivariana no encontró eco en muchos de los gobiernos americanos, lo que en parte explica su relativo fracaso. Para Estados Unidos, era la oportunidad de empezar a poner en práctica la “doctrina Monroe” y de disputarle a Europa su hegemonía en el subcontinente. Con este primer fracaso, América Latina perdió una oportunidad temprana de construir una integración alternativa, que no estuviera bajo la órbita de la Casa Blanca.

Luego de este primer congreso existieron otros tres, en Lima y Santiago de Chile, en las décadas de 1840, 1850 y 1860, que procuraron relanzar el proceso de integración americana. Estos primeros congresos tenían por objetivo avanzar en el entendimiento de las naciones americanas para repeler posibles amenazas y ataques exteriores. Una característica fue que mostraron qué difícil era llevar a la práctica los principios que habían inspirado a Bolívar, en particular el ideal de la unión latinoamericana y la defensa multilateral frente a cualquier intento de reconquista. Se avanzó poco y nada: Ni se logró consolidar una unión para repelar las agresiones externas, ni tampoco se avanzó en establecer un mecanismo para solucionar las controversias entre los propios países participantes. Y los pocos tratados que se acordaron no fueron ratificados. Sólo se establecieron algunos antecedentes para el desarrollo futuro del derecho público internacional americano.

Los escasos resultados alcanzados se explican, en parte, por el carácter de los gobiernos de la mayoría de los países latinoamericanos, hegemonizados por los latifundistas –que alentaban las producciones primarias de exportación- y los grandes comerciantes. La constitución de oligarquías nacionales o regionales, con intereses



*Anais Eletrônicos do I Congresso Internacional de História Regional (2011) – ISBN 978-85-64144-01-9  
- Volume III -*

estrechamente ligados a las potencias europeas en expansión, dificultó cualquier avance de proyectos inspirados en las ideas de Bolívar. Los congresos también fracasaron porque, desde 1826, el peligro de perder la independencia a manos de potencias europeas parecía alejarse cada vez más. Además, ya no había un líder impulsor del proceso de integración como lo había sido Bolívar.

## **2. LA UNIÓN PANAMERICANA COMO PROYECTO DE EEUU PARA CONSOLIDAR UNA HEGEMONÍA EN LA REGIÓN.**

Hacia fines del siglo XIX, Estados Unidos impulsó el panamericanismo como uno de los instrumentos para dar pelea a otras potencias en la región, fundamentalmente a Gran Bretaña –pero también a otras potencias europeas-, que hasta la primera guerra mundial mantenía la primacía en el comercio y las inversiones en América del Sur. La iniciativa del Secretario de Estado James Blaine de convocar a la Primera Conferencia Panamericana respondía a las necesidades de los grandes exportadores estadounidenses que querían ampliar sus mercados externos (para lo cual eran necesarias la disminución de las barreras aduaneras, mejores transportes y comunicaciones, y un sistema financiero con más presencia estadounidense para facilitar las transacciones, entre otros) y de los capitalistas vinculados a la actividad financiera, que querían ampliar los préstamos y las inversiones en América Latina, y fomentar la instalación de sucursales de sus bancos. Pero respondía, también, a una necesidad estratégica: afirmar la unidad –bajo la hegemonía estadounidense-, del continente americano, que incluyera formas de resolver los litigios, de llegar a acuerdos de paz, de establecer la defensa continental y de repeler potenciales ataques extracontinentales. Era la puesta en práctica, en algún sentido, de la vieja doctrina Monroe.

El proyecto panamericano impulsado por EEUU, antecedente de la organización que en la segunda posguerra dio origen a la OEA y al TIAR, fue el objeto de estudio de mi tesis doctoral y de mi libro *Vecinos en Conflicto*. Allí analizamos en detalle las primeras 10 conferencias panamericanas. Veamos ahora, a modo de ejemplo, qué ocurrió en la primera, realizada en Washington en 1889-90, que fue fundamental para entender las tensiones que atravesaban las distintas posibilidades de integración continental.



*Anais Eletrônicos do I Congresso Internacional de História Regional (2011) – ISBN 978-85-64144-01-9  
- Volume III -*

El proyecto panamericano impulsado por la Casa Blanca a partir de la reunión de Washington intentó incrementar el comercio interamericano y a la vez hallar soluciones a los conflictos que involucraban a los países del hemisferio, como forma de establecer una mayor injerencia en América Latina, y de erosionar la influencia europea, de modo de afianzar la doctrina Monroe. Respondió además, como ya dijimos, a las necesidades de los grandes capitalistas del país del Norte, que paulatinamente ampliaban sus inversiones en otros países americanos. No es casual, entonces, que la delegación de Blaine estuviera integrada mayoritariamente por grandes industriales y financistas. El objetivo de Washington de concretar su viejo proyecto panamericano cobraba una especial significación en el contexto del último cuarto de siglo, de consolidación de su expansión económica y de su disputa con Gran Bretaña, Alemania, Francia, Italia y Bélgica por acrecentar los intereses económicos, políticos y estratégicos en América Latina, constituyéndola en su “área de influencia”. Se concretó, además, cuando había algunos proyectos de articulación a través de los congresos latinoamericanos (Colombia y Venezuela habían propuesto reanudarlos) y de reconstruir viejos lazos con España y Portugal, a partir de una Unión Iberoamericana, en el marco del cuarto centenario de la llegada de Colón a América. Ésta es una de las razones por las que la prensa europea reaccionó en general con abiertas críticas a la Conferencia de Washington y, tras su finalización, habló de rotundo fracaso. Lo calificaron de un congreso anti-europeo.

El resultado más significativo para Estados Unidos fue el hecho de haber concretado la conferencia, que sería la piedra fundamental del proceso panamericano que se desarrollaría en las siguientes décadas y que había logrado imponerse sobre otros congresos iberoamericanos y latinoamericanos, en los que el país del Norte hubiera quedado excluido. Se constituyó, en ese sentido, la Unión Internacional de las Repúblicas Americanas, que bajo la dirección de la Oficina Internacional (o Comercial) de las Repúblicas Americanas constituiría luego la Unión Panamericana.

Entre todas las delegaciones latinoamericanas participantes, la Argentina tuvo en esta oportunidad el papel más relevante. Su objetivo, desde el inicio, fue dificultar lo más posible cualquier proyecto que planteara Blaine. La economía, fundamentalmente, explicaba los desacuerdos con el país del Norte y, en este aspecto, la élite argentina optó por proteger el vínculo privilegiado con Europa y en especial con Gran Bretaña. Roque Sáenz Peña y Manuel Quintana, representantes argentinos y futuros presidentes, supieron aprovechar la falta de experiencia y las contradicciones internas de sus pares



*Anais Eletrônicos do I Congresso Internacional de História Regional (2011) – ISBN 978-85-64144-01-9  
- Volume III -*

estadounidenses para hacer que fracasaran la mayoría de las iniciativas impulsadas por el secretario de Estado. Según el balance de Sáenz Peña, la posición previa de los países participantes en la conferencia auguraba un panorama poco favorable para Argentina: Brasil obedecía a Blaine para conseguir su apoyo en el arbitraje por Misiones, Uruguay había terminado votando por el secretario de Estado para la presidencia de la conferencia, Perú tenía deudas con él luego de su enfrentamiento con Chile, Colombia debía respetar a Estados Unidos por el tratado de neutralidad del istmo de Panamá, Venezuela buscaba el apoyo de la Casa Blanca por su disputa con Inglaterra por Guayana, Centroamérica se resentía por su debilidad y México actuaba con timidez.

Sin embargo, la delegación argentina logró en los meses que duró la conferencia revertir esa pasividad general y la sumisión frente al creciente poderío estadounidense. Esto trajo prestigio y reconocimiento a Argentina entre los demás países latinoamericanos y además potenció las figuras de sus representantes.

Argentina, por esos años y al igual que otros países sudamericanos, consolidaba una economía agroexportadora más competitiva que complementaria con la potencia del Norte. La reacción ante el proyecto panamericano de EEUU, entonces, fue oponerse a toda “integración”, cosa que logró admirablemente ya que la conferencia fue un gran fracaso, al menos en términos de las expectativas previas. El recurso retórico del “antiimperialismo” esbozado en distintos momentos por los enviados argentinos, sin embargo, no era más que la máscara de una dependencia cuyos socios mayores se encontraban en Europa. En esta conferencia panamericana, la postura argentina era una manifestación de las contradicciones estructurales entre las economías argentina y estadounidense.

La delegación argentina operó, en parte, como agente inglés-europeo en el continente, aun cuando sus representantes decían estar defendiendo los intereses nacionales. Por eso no hay que confundir estas posturas antinorteamericanas de los representantes de la oligarquía argentina con posturas antiimperialistas y autonómicas. ¿Qué querían los delegados argentinos en esta primera conferencia? Impedir todo avance concreto de Washington en el continente y, a la vez, presionar para que se abriera el mercado estadounidense para los exportadores de lanas argentinos. La lana era por esos años una de las principales exportaciones nacionales, pero no hacia el mercado estadounidense, que estaba protegido. La oposición a la unión aduanera propuesta por el país del Norte no se explicaba por ningún tipo de postura que tendiera



*Anais Eletrônicos do I Congresso Internacional de História Regional (2011) – ISBN 978-85-64144-01-9  
- Volume III -*

a proteger la producción industrial local, sino que tenía por objeto presionar para profundizar el libre comercio, clave en la inserción económica internacional agroexportadora que protagonizaba el país del Sur. Por eso, la delegación argentina, sabiendo de las dificultades de su país para ampliar su participación en el mercado estadounidense, operaría como obstaculizador de las propuestas estadounidenses. El lema de “América para la Humanidad”, esgrimido por Sáenz Peña, podría leerse como “América con Europa”, claramente contrario a la “América para los (norte) americanos”, propuesto varias décadas antes por Monroe y reactualizado en la última década del siglo XIX.

Así interpretaba José Martí, corresponsal del diario argentino *La Nación*, el meollo de la problemática que se desarrollaba en Washington: “*De una parte hay en América un pueblo que proclama su derecho de propia coronación a regir, por moralidad geográfica, en el continente, y anuncia, por boca de sus estadistas, en la prensa y en el púlpito, en el banquete y en el congreso, mientras pone la mano sobre una isla y trata de comprar otra, que todo el norte de América ha de ser suyo, y se le ha de reconocer derecho imperial del istmo abajo, y de otra están los pueblos de origen y fines diversos, cada día más ocupados y menos recelosos, que no tienen más enemigo real que su propia ambición, y la del vecino que los convida a ahorrarle el trabajo de quitarles mañana por la fuerza lo que le pueden dar de grado ahora*”<sup>2</sup>. El cubano, a diferencia de la delegación argentina, expresaba sus juicios sobre las iniciativas estadounidenses desde una posición antiimperialista y latinoamericanista. Aun teniendo en claro que su objetivo era lograr la independencia de España, ya era plenamente consciente de que había que evitar el otro imperialismo que acechaba sobre Cuba y el resto de América Latina: Estados Unidos. No planteaba recostarse en una potencia imperial para limitar a la otra.

La Unión Panamericana siguió desarrollándose, a medida que crecía la influencia de EEUU en el continente y el mundo, y declinaba la Europea, y en particular la inglesa. Ese éxito relativo de Argentina en obstaculizar la mayor parte de los proyectos de EEUU, luego se fue desvaneciendo. Los países latinoamericanos dependían cada vez más de la economía estadounidense. En general, tendían a subordinarse a las políticas del Departamento de Estado, a cambio de recibir apoyo financiero o que sus

---

<sup>2</sup> Martí, José, carta a *La Nación* del 02/11/1889, publicada 19-20/12/1889 (Martí, 1979: 486-487).



*Anais Eletrônicos do I Congresso Internacional de História Regional (2011) – ISBN 978-85-64144-01-9  
- Volume III -*

exportaciones accedieran en mejores condiciones al mercado estadounidense. Tras la segunda guerra, EEUU se constituyó como potencia indiscutida en Occidente, y transformó la UP en la OEA, y además logró inéditos acuerdos militares continentales como fue el TIAR, antecedente de la OTAN. Además, la guerra fría tuvo cada vez más trascendencia en las relaciones interamericanas, en particular a partir de la XCP, en la cual se establecieron sanciones contra Guatemala, lo cual generó condiciones diplomáticas para avanzar con el golpe de estado de Castillo Armas contra Arbenz en 1954, abandonándose así las dos décadas de pretendida “buena vecindad”.

### **3. OTROS PROYECTOS DE INTEGRACIÓN LATINOAMERICANA (OPA, ALALC, ALADI) Y LAS PROPUESTAS DE EEUU (ALPRO).**

Desde el inicio de la *guerra fría*, y más todavía bajo las dos presidencias de Eisenhower, la potencia del norte amplió su concepción de la “seguridad nacional”, que pasaba a abarcar el mundo entero, donde fuera que hubiese una empresa estadounidense.

En el caso de América Latina, la mayor atención del gobierno de Eisenhower (a diferencia de su antecesor Truman), implicó que esta región se viera aún más afectada. Estados Unidos promovió el liberalismo económico, a través del autoritarismo político, de gobiernos afines a los intereses de los capitalistas del país del norte. Eso generó una nueva oleada de sentimiento anti-yanqui en el sur del continente americano, que se manifestó, por ejemplo, durante la gira del vicepresidente Richard Nixon, en mayo de 1958. Nixon sufrió diversas hostilidades en Argentina, Uruguay, Ecuador, Colombia, Perú y Venezuela. En Caracas, debió ser virtualmente rescatado por naves de guerra y compañías aerotransportadas estadounidenses.

La Revolución Cubana, por su parte, marcó un antes y un después en la relación Estados Unidos-América Latina. El gobierno de Eisenhower, y luego los de Kennedy y Johnson, ensayaron distintas estrategias para desestabilizar a los revolucionarios cubanos: desde las sanciones económicas –hasta llegar al bloqueo-, las diplomáticas – la expulsión de Cuba de la OEA-, las terroristas –el apoyo a los contrarrevolucionarios cubanos y las acciones encubiertas de la CIA para asesinar a Castro- y las militares – fundamentalmente la invasión a Bahía de Cochinos, orquestada por la CIA-. En forma paralela, y para evitar la proliferación del (mal) ejemplo cubano, Kennedy lanzó la



*Anais Eletrônicos do I Congresso Internacional de História Regional (2011) – ISBN 978-85-64144-01-9  
- Volume III -*

“Alianza para el Progreso”. Ese plan de ayuda para América Latina no implicó de ninguna manera el abandono a las formas “clásicas” del intervencionismo militar estadounidense en el continente. Éste se incrementó en la década de 1960: desde el apoyo y/o impulso a golpes militares –el más destacado fue el de Castelo Branco contra João Goulart, en Brasil, en 1964- hasta las intervenciones militares –como el desembarco de más de 20000 marines en República Dominicana, en 1965, con la excusa de evitar la instalación de otro régimen similar al cubano-. El sistema interamericano fue utilizado por el Departamento de Estado, a lo largo de estos años, para apoyar esta política intervencionista. Así, por ejemplo, se acordó la expulsión de Cuba de la OEA, o la creación de la Junta Interamericana de Defensa (JID), en diciembre de 1960, punta de lanza, junto al Colegio Interamericano de Defensa, para establecer lo que se dio en llamar una “academia de golpes de Estado”, es decir una usina desde la que se alentó la intervención de las Fuerzas Armadas nacionales para abortar proyectos políticos que interfirieran con los intereses de Washington.

¿Cómo fue la relación argentino-brasileña en este período? En los años ´50, Perón retomó una vieja idea para constituir un área de libre comercio en el Cono Sur, que no pudo prosperar pese al apoyo del propio presidente brasileño, Getulio Vargas. La tradicional pugna de ambos países por el protagonismo en el Cono Sur, más la influencia estadounidense fueron obstáculos suficientes para que no se concretaran esas aproximaciones. Sin embargo, también en los años ´50 aparecerían en Brasil algunos sectores nacionalistas, como el expresado por Helio Jaguaribe, que insistirían en la importancia del eje Brasil-Argentina para negociar conjuntamente con el país del norte. Hacia 1958, y ya bajo los gobiernos de Frondizi y Kubitschek, surgió la propuesta de la Operación Panamericana (OPA) que tenía un doble objetivo: político -debido a la necesidad de salvaguardar los gobiernos democráticos y constitucionales en América del Sur- y económico -conseguir el apoyo financiero externo que posibilitara la industrialización, tal como la preveía el desarrollismo-. Esto último es lo que distinguía las concepciones de la OPA de la Alianza para el Progreso, con un énfasis más asistencialista.

Al analizar los intentos de integración regional a partir de ese entonces, se destacan, entre 1960 y 1980, la creación de la ALALC, la firma del Tratado de la Cuenca del Plata, la constitución del Sistema Económico Latinoamericano y la conformación de la ALADI, todos proyectos que por distintos motivos no prosperaron. El auge de los



*Anais Eletrônicos do I Congresso Internacional de História Regional (2011) – ISBN 978-85-64144-01-9  
- Volume III -*

gobiernos dictatoriales parece haber sido uno de los causales de la mayor reluctancia a la integración latinoamericana. El nacionalismo territorial impulsado por las dictaduras, incluso hizo que en algunas oportunidades se incrementaran las tensiones entre países hermanos: Argentina y Chile estuvieron casi en guerra en 1978.

Estados Unidos, por su parte, bloqueó la posibilidad de que se materializara una integración latinoamericana o bien sudamericana en la que quedaría excluida. La OEA, sin Cuba, fue la instancia interamericana que le dio a la potencia del norte cobertura para avanzar diplomáticamente en función de los intereses del Departamento de Estado.

#### **4. ALCA: EL PROYECTO DE TRAS EL FINAL DE LA GUERRA FRÍA.**

El final de las dictaduras en América Latina renovó el impulso para retomar los viejos proyectos de integración del Cono Sur. El proyecto del Mercosur surgió a mediados de la década de 1980, y se materializó a principios de la década siguiente. Más rápido que tarde, debió convivir, contradictoriamente, con el Área de Libre Comercio de las Américas (el ALCA), proyecto que era impulsado Estados Unidos para profundizar el predominio económico sobre el continente.

El ALCA fue el proyecto de EEUU para consolidar su dominio en la región, tras el fin de la Guerra Fría. Se lanzó justo cuando entraba en vigencia en Mercosur, y cuando España lanzaba las Cumbres Iberoamericanas, en el marco del V Centenario del desembarco de Colón.

En términos generales, el proyecto del ALCA se enmarcaba en las tres contradicciones principales del capitalismo contemporáneo: la contradicción capital-trabajo, la contradicción entre países centrales y países dependientes y la contradicción entre distintas potencias a nivel mundial por el dominio del llamado Tercer Mundo (en este caso, América Latina). El ALCA hubiera implicado un avance del capital sobre el trabajo. Al mismo tiempo, hubiera profundizado la dependencia de los países latinoamericanos. Por último, esta dependencia se hubiera profundizado en relación a Estados Unidos, en disputa con otras potencias europeas y asiáticas.

En primer lugar, otorgando mayor movilidad a los capitales y a las mercancías, pero no así a la fuerza de trabajo, el capital hubiera tenido mejores condiciones para explotar al trabajo. El NAFTA, antecedente del ALCA, afectó los reclamos sindicales en



*Anais Eletrônicos do I Congresso Internacional de História Regional (2011) – ISBN 978-85-64144-01-9  
- Volume III -*

Estados Unidos y cómo los empresarios de ese país amenazaron a sus trabajadores con relocalizar las empresas en México, donde las condiciones de trabajo eran muchos más duras y los salarios más bajos. Las inversiones extranjeras que llegaron a México, por otra parte, se orientaron al sector de las maquilas, meras industrias de ensamblaje orientadas a la exportación, que no hicieron sino profundizar el trabajo informal, precario y flexible. En el caso de América del Sur, y de Argentina y Brasil en particular, la apertura comercial hubiera llevado al cierre de las empresas locales que no pudieran competir con las estadounidenses o con las exportaciones de las maquilas mexicanas – también, mayoritariamente, de capitales estadounidenses-, lo cual hubiera aumentado las por entonces elevadas tasas de desocupación y subocupación, presionando a los trabajadores ocupados con un mayor ejército de reserva y, por lo tanto, peores condiciones para luchar por sus derechos laborales. Además, al quitarle al estado herramientas para intervenir y para eventualmente establecer regulaciones laborales, un acuerdo como el ALCA hubiera flexibilizado aún más las condiciones laborales. La década de 1990 ya demostró cabalmente tanto en Brasil como en Argentina que la afluencia de capitales extranjeros no era sinónimo de desarrollo ni mucho menos de mejoramiento de las condiciones de vida para la mayoría de los trabajadores. Más bien trajo desocupación, subocupación, aumento de la flexibilidad laboral y del trabajo en “negro” y niveles de pobreza e indigencia inéditos. Es por esto que el movimiento obrero organizado de cada país fue tomando conciencia de las consecuencias que hubiera tenido un acuerdo de este tipo y organizó distintas resistencias frente al ALCA, tanto a nivel nacional –y en forma coordinada con otros actores sociales- como continental (Coordinadora de Centrales Sindicales del Cono sur, Alianza Social Continental) y mundial (Foro Social Mundial).

En segundo lugar, el ALCA respondía a la necesidad de Estados Unidos de ejercer un dominio y una explotación más acabada y con el aval institucional que hubiera cristalizado una realidad que se venía plasmando en las últimas décadas. El proyecto del ALCA se inscribía en un proceso de largo plazo que, desde fines del siglo XIX, muestra cómo Estados Unidos intentó consolidar a nivel político, jurídico y militar la superioridad económica y la hegemonía que mantuvo en la región, aún en disputa con otras potencias y con Europa en particular. Estados Unidos, para lograr consolidar su amplio “patrio trasero”, precisaba avanzar en el viejo proyecto de unión aduanera panamericana –que se le negaba hacía más de un siglo, desde el primer intento en la



*Anais Eletrônicos do I Congresso Internacional de História Regional (2011) – ISBN 978-85-64144-01-9  
- Volume III -*

Conferencia de Washington de 1889- y, fundamentalmente, obturar cualquier proceso de integración alternativa como el Mercosur, el Pacto Andino o la Comunidad Sudamericana de Naciones. No es casual que el ALCA fuera lanzado en el marco del *Consenso de Washington* y cuando Brasil y Argentina, los “gigantes” del sur, estaban iniciando un proyecto de unión sudamericana. El ascenso de Chávez en Venezuela, su radicalización política y su permanente intento de retomar el viejo proyecto de Bolívar, a partir de su propuesta de ALBA, encendieron una luz de alarma en el gobierno estadounidense. Más aún cuando, en la XV Cumbre Iberoamericana, se anunció que Venezuela se iba a incorporar como miembro pleno del Mercosur en diciembre de 2005. Como en los últimos dos siglos, la capacidad de Estados Unidos para establecer un dominio sobre América Latina dependía de que no se constituyera una integración latinoamericana o sudamericana que se resistiera a aceptar los mandatos de la potencia del norte. El ALCA hubiera sido un instrumento fundamental para abortar esa alternativa y para aislar a Venezuela y Cuba, por ese entonces los vecinos más díscolos del continente, consolidando la dependencia de los países latinoamericanos.

En tercer lugar, la concepción del ALCA respondía a la necesidad de Estados Unidos y sus capitales más concentrados de competir con los otros bloques económicos y/o políticos. Estados Unidos, con el ALCA, pretendía contrarrestar el proceso de conformación de bloques en Europa y Asia, estableciendo un área donde su hegemonía se consolidara. Por su creciente déficit comercial y fiscal y por su excesivo endeudamiento, Estados Unidos necesitaba revertir ciertas tendencias económicas de los últimos años. Los sectores financieros, los grandes exportadores y las empresas estadounidenses más concentradas eran las bases de apoyo del ALCA. Este acuerdo respondía a la necesidad del capital estadounidense de apropiarse de un área históricamente disputada con Europa, consolidando la supremacía del dólar. Este acuerdo hubiera profundizado las condiciones del capital para explotar el trabajo y del capital estadounidense frente al de otros países, lo cual era clave cuando la Unión Europea estaba en pleno proceso de expansión y nuevas potencias como China venían estableciendo importantes acuerdos comerciales con la región en los últimos meses. El ALCA hubiera otorgado mejores condiciones al capital estadounidense para avanzar, en América Latina, frente al europeo y asiático.

¿Qué hubiera ocurrido en América Latina de concretarse el acuerdo de libre comercio? El ALCA hubiera permitido una apertura comercial sin precedentes, una



*Anais Eletrônicos do I Congresso Internacional de História Regional (2011) – ISBN 978-85-64144-01-9  
- Volume III -*

liberalización de la actividad financiera y una privatización en áreas sensibles como la salud y la educación, que hubieran llevado a disminuir aún más la capacidad de los estados latinoamericanos de establecer políticas económicas para el desarrollo. La constitución del ALCA hubiera llevado a una reprimarización de las economías latinoamericanas y a una consolidación de las políticas económicas establecidas en los años noventa, profundizando el proceso de desindustrialización, concentración y extranjerización que había afectado a muchos países de la región. Hubiera ampliado las áreas bajo el dominio del capital estadounidense (el más concentrado), al mismo tiempo que restringido los instrumentos de los estados para aplicar políticas económicas que pudieran regular el mercado.

El objetivo del ALCA no era sólo económico. Este acuerdo hubiera permitido a Estados Unidos, además, avanzar en el control geopolítico y militar de Latinoamérica - Plan Colombia, Plan Puebla-Panamá, inmunidad y bases militares estadounidenses en varios países-. Por eso las organizaciones sociales y políticas que se oponían al ALCA y a los demás acuerdos de libre comercio señalaban que el ALCA venía de la mano de la militarización y la deuda externa. El ALCA hubiera acentuado la dominación financiera sobre los países latinoamericanos, quitándoles herramientas para negociar en forma conjunta el cada vez más acuciante problema de la deuda externa, al mismo tiempo que hubiera favorecido el traspaso de la banca pública a manos privadas (con el consiguiente riesgo para muchos pequeños y medianos productores agropecuarios de perder sus tierras, por ejemplo en la Argentina, en donde tenían hipotecadas millones de hectáreas en bancos públicos) y la extranjerización del sistema financiero, como había ocurrido en México tras la firma del NAFTA.

El ALCA fracasó no sólo por las contradicciones entre las economías de EEUU y de América latina, sino también por la gran resistencia social y popular (Alianza Social Continental, Foro Social Mundial Porto Alegre, Autoconvocatorias No al ALCA, Contracumbres...). Su inviabilidad está estrechamente relacionada con los alzamientos populares que, en distintos países de América Latina, voltearon a los gobiernos que habían implementado profundas reformas neoliberales. En ese marco se entiende la Cumbre de Mar del Plata 2005, aunque el posicionamiento de Venezuela, a nuestro juicio, difería del de los países del Mercosur que lo secundaron.



*Anais Eletrônicos do I Congresso Internacional de História Regional (2011) – ISBN 978-85-64144-01-9  
- Volume III -*

## **5. EL MERCOSUR.**

La caída del Muro y la disolución de la Unión Soviética marcaron el fin del mundo bipolar, luego de cuatro décadas. En América Latina, las salidas de las dictaduras derivaron en la llamada “década perdida”. Con el contexto crítico generado a partir del endeudamiento externo y las crisis económicas internas, sumado al acercamiento político y económico entre Brasil y Argentina tras la guerra de Malvinas y el retorno de la democracia en ambos países, se allanó el camino para el acercamiento definitivo entre los “gigantes” del Cono Sur. Así, se profundizó la confluencia entre ambas naciones, después de años de recelos y conflictos, muchos de ellos alentados por Estados Unidos para evitar la constitución de un polo regional común en el Sur. Desde los acuerdos entre Alfonsín y Sarney, se reflataron los viejos anhelos sudamericanos de integración y se firmó, en noviembre de 1985, la “Declaración de Iguazú”, que sería la piedra fundamental del Mercosur. Luego se avanzó a través de distintos acuerdos hasta que, en marzo de 1991, los mandatarios de Argentina, Brasil, Uruguay y Paraguay firmaron el Tratado de Asunción y fijaron la fecha de nacimiento del Mercosur. En los años subsiguientes se fue conformando, entonces, el Mercosur, que entre países miembros y asociados constituyó un verdadero bloque económico mundial, con más de 200 millones de habitantes y un producto bruto común cercano al 4 % del PBI mundial.

Pese a la potencialidad de este proyecto de mercado común, varios fueron los obstáculos que impidieron la consolidación y la profundización de la integración vía Mercosur: la vulnerabilidad externa de Brasil y Argentina (ambas naciones fuertemente endeudadas y sometidas a constantes incursiones por parte de los fondos especulativos volátiles), las disputas comerciales (en distintos rubros como automotores, “línea blanca”, textiles, arroz, etc.), la política exterior impulsada por el gobierno de Menem, que dejaba en segundo lugar la integración latinoamericana, y una concepción estrechamente comercialista y al servicio de las multinacionales, sin una perspectiva siquiera más amplia del desarrollo en el mediano y largo plazo.

El Mercosur se estableció en un contexto en el cual predominaba en América Latina la política económica impulsada por el llamado *Consenso de Washington*. Fue concebido a principios de la década del '90 como parte de una inserción internacional que, en lo político, respondía al ‘realismo periférico’, mientras en lo económico apuntaba al ‘regionalismo abierto’. Ambas perspectivas iban en consonancia con las



*Anais Eletrônicos do I Congresso Internacional de História Regional (2011) – ISBN 978-85-64144-01-9  
- Volume III -*

políticas neoliberales que primaban en la región, de acuerdo con un proceso de globalización que no parecía no dejar lugar a políticas y proyectos nacionales o regionales. El desarrollo del Mercosur se vio limitado al haber sido presa de las concepciones “neoliberales” imperantes en el Cono Sur en ese período. El proceso del Mercosur muestra las limitaciones de una concepción de la integración exclusivamente comercialista y al servicio no de los intereses de las mayorías, sino de los capitales más concentrados.

Aún en el nuevo contexto político latinoamericano del siglo XXI, el Mercosur no logró cambiar las bases sobre las que se construyó, ni superar los límites y debilidades ya descritos, por lo cual permanentemente se ve sometido a crisis entre sus socios mayores, y también a amenazas de sus socios menores de abandonar el bloque. La integración de Venezuela, que pareció vislumbrar un relanzamiento del bloque, tampoco significó una reversión de las tendencias que describimos.

La teoría que sustentó el Mercosur fue de carácter estrictamente comercialista, como mero trampolín para la apertura de una economía *exodirigida*. Compartimos el diagnóstico de Claudio Katz, cuando sintetiza críticamente su caracterización del bloque regional: *“El futuro del MERCOSUR, decía Katz hace 5 años, está sujeto al giro que procesan las clases dominantes de Sudamérica. Los grupos capitalistas locales que emergieron con mayor poder de las últimas crisis intentan amoldar la asociación a sus intereses específicos. Agrupan a fracciones concentradas del empresariado regional, mantienen fluidas conexiones con las grandes empresas extranjeras y ejercen una significativa influencia en las finanzas y la agroexportación. Estos sectores buscan adecuar el MERCOSUR a sus prioridades. Promueven un desarrollo hacia fuera que jerarquiza la especialización en materias primas e insumos industriales, ya que pretenden compensar con exportaciones la contracción de los mercados internos. Como aspiran a conseguir un lugar en la competencia global, han archivado el viejo esquema de sustitución de importaciones e industrialización hacia adentro”* (Katz, 2006: 49). ¿Puede el Mercosur, en la actualidad, cobrar otro carácter? Ese un uno de los interrogantes que debería discutirse, según mi opinión, en el marco de este congreso. Hoy, a casi dos décadas de su creación, todavía no logró pasar a de una estrategia de “integración negativa” a una “positiva”. O sea de una estrategia de supresión de aranceles, restricciones cuantitativas y demás obstáculos al intercambio y



*Anais Eletrônicos do I Congresso Internacional de História Regional (2011) – ISBN 978-85-64144-01-9  
- Volume III -*

la libre competencia, a una que implique una real coordinación de la integración económica y de políticas de desarrollo a mediano y largo plazo.

## **6. LA UNASUR Y ALBA.**

El 8 de diciembre de 2004, representantes de 12 países americanos se reunieron en Cusco, Perú, para fundar la Comunidad Sudamericana de Naciones (CSN). Esta nueva instancia para una futura integración continental quedó conformada por los miembros plenos del Mercosur –Brasil, Argentina, Paraguay y Uruguay-, los países de la Comunidad Andina de Naciones –Colombia, Venezuela, Bolivia, Ecuador y Perú-, más Chile, Surinam y Guayana. Esta nueva Comunidad se creó justo cuando la oposición al ALCA cobraba fuerza en la región. El mayor impulso inicial giró en torno a las obras de infraestructura acordadas, que incluían rutas, puentes, centrales hidroeléctricas y gasoductos, e implicaban inversiones por 4.500 millones de dólares hasta 2010. El financiamiento de estas obras llegaría por intermedio del BID, el Banco Mundial e inversores privados. Si bien luego no se realizaron demasiados avances significativos, se planteó la necesidad de proponer a futuro la creación de una moneda común, un Parlamento y tribunales de justicia para resolver las controversias comerciales que pudieran surgir entre los países miembros. Esta nueva instancia, ya en su fase inicial, tenía una gran potencialidad. Una organización de estas dimensiones tendría una población de más de 360 millones de habitantes, una superficie de 17.658 kilómetros cuadrados, la mayor producción mundial de alimentos, la mayor reserva de agua dulce,, el 5 % de las reservas mundiales de gas y el 11 % de las de petróleo. Sin embargo, en un bloque de esas características, en sus inicios se destacaban muchos elementos de gran precariedad: la región contaba en ese entonces con índices de pobreza e indigencia elevadísimos (222 millones de pobres, 96 millones de indigentes), con una deuda externa de 315.580 millones de dólares y con una inflación promedio de 9 % anual, entre otros indicadores preocupantes.

Con toda la potencialidad que podría tener una integración de estas características, que surgió a instancias de Brasil y como forma de contrarrestar la ofensiva estadounidense para instaurar el ALCA en 2005, la realidad mostró que la CSN nació con serias limitaciones. El hecho de que convivan proyectos y perspectivas tan disímiles en América Latina, dificultó y dificulta la convergencia política, económica y estratégica para analizar cuál sería la mejor forma de integración. La Casa



*Anais Eletrônicos do I Congresso Internacional de História Regional (2011) – ISBN 978-85-64144-01-9  
- Volume III -*

Blanca, a través de las negociaciones bilaterales que fue manteniendo con distintos países sudamericanos, logró que muchos gobiernos se mostrasen renuentes a participar activamente y tener demasiadas esperanzas en un tipo de integración que podría plantearse como alternativa a los intereses estadounidenses en la región. De alguna manera, aunque con mayor dificultad que en otros momentos, Estados Unidos logra mantener la amenaza de “balcanización latente” que históricamente impidió la conformación de la gran América soñada por Bolívar.

El 29 y 30 de septiembre de 2005 se realizó en Brasil la primera cumbre de la CSN, que avanzó con la idea de establecer un área de libre comercio, y en la cual se acordó impulsar una Red de Gasoductos del Sur y la creación de Petroamérica, a partir de las principales empresas petroleras, incluyendo PDVSA y PETROBRAS. También se avanzó con la idea de construir una mejor infraestructura vial, todos proyectos que se financiarían mediante el Banco Nacional de Desarrollo de Brasil y la Corporación Andina de Fomento, para, según se planteó, dejar de depender de los organismos internacionales de crédito como el BID, el FMI y el BM. Sin embargo, la cumbre no tuvo la trascendencia que se esperaba y casi zozobró cuando el presidente venezolano amenazó con no firmar la declaración final, por no haber sido ésta discutida por los presidentes presentes y por no haberse tocado algunos de los temas considerados claves (desarrollo, combate a la pobreza y el analfabetismo, organización de una estructura financiera regional, etc.).

En abril de 2007, los presidentes sudamericanos decidieron renombrar la CSN, que pasó a ser la Unión de Naciones Suramericanas (UNASUR), organismo integrado por 12 países de la región. El tratado constitutivo de la nueva organización se firmó en mayo de 2008 en Brasilia. Uno de sus lemas es “integración para un desarrollo justo”. La presidencia estuvo a cargo primero de Bachelet, luego de Correa y de Kirchner, hasta su muerte. Este espacio, aún con poco desarrollo debido a su reciente creación, se planteó como una instancia política alternativa a la OEA. Aun en proceso de constitución, esta organización no muestra demasiadas características que la distinguan, en los puntos esenciales, de la orientación y las tensiones presentes en el proyecto de la CSN. De todas formas, ha servido para fortalecer la posición de Evo Morales cuando la oposición intentó desestabilizarlo e inducir a un golpe separatista o cuando se concretó la agresión militar de Colombia contra Ecuador, y también como instancia alternativa a la desprestigiada OEA, para atender conflictos regionales, sin la omnipresencia



*Anais Eletrônicos do I Congresso Internacional de História Regional (2011) – ISBN 978-85-64144-01-9  
- Volume III -*

estadounidense. Sirvió para intentar contrarrestar el golpe en Honduras, o para frenar el intento golpista de la policía ecuatoriana.

En la actualidad, es una instancia alternativa para discutir posibles medidas latinoamericanas frente a la crisis económica mundial. Se está avanzando en la conformación del Banco del Sur, aunque no lo integren todas las naciones que constituyen la UNASUR.

En los últimos años, además, se suman a la UNASUR otras instancias de integración latinoamericana como el ampliado Grupo Río o la Conferencia de América Latina y el Caribe (CALC). Recientemente, en febrero de 2010 se produjo la creación de la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC), instancia que implica una “OEA latinoamericana”, un organismo en ciernes que reúne a 33 países del continente, incluyendo a Cuba y excluyendo a EEUU y Canadá.

VENEZUELA y el ALBA. Sin lugar a dudas, uno de los actores que más peso ha cobrado últimamente en las diversas cumbres presidenciales e instancias de discusión regional y multilateral es Venezuela. Ya sea en la ONU, la OEA, la CSN, UNASUR, las Cumbres Iberoamericanas, el Mercosur o las Cumbres de las Américas, el presidente Chávez aprovechó para impulsar a los demás mandatarios latinoamericanos a profundizar la política de confrontación para con Estados Unidos. Venezuela es uno de los países que ha liderado la oposición al ALCA y, junto a Cuba, ha presentado un proyecto de “integración” propio, el ALBA. La Alternativa Bolivariana para las Américas es el nombre del proyecto presentado a fines de 2004 por el presidente Hugo Chávez para contrarrestar la ofensiva estadounidense por el control de la región.

A diferencia de otros proyectos, el ALBA se plantea abiertamente como una opción para confrontar con el proyecto estadounidense: *“La Alternativa Bolivariana para América Latina y El Caribe (ALBA) es una propuesta de integración diferente. Mientras el ALCA responde a los intereses del capital trasnacional y persigue la liberalización absoluta del comercio de bienes y servicios e inversiones, el ALBA pone el énfasis en la lucha contra la pobreza y la exclusión social y, por lo tanto, expresa los intereses de los pueblos latinoamericanos. El ALBA se fundamenta en la creación de mecanismos para crear ventajas cooperativas entre las naciones que permitan compensar las asimetrías existentes entre los países del hemisferio. Se basa en la cooperación de fondos compensatorios para corregir las disparidades que colocan en desventaja a los países débiles frente a las primeras potencias. Por esta razón la*



*Anais Eletrônicos do I Congresso Internacional de História Regional (2011) – ISBN 978-85-64144-01-9  
- Volume III -*

*propuesta del ALBA le otorga prioridad a la integración latinoamericana y a la negociación en bloques sub-regionales, abriendo nuevo espacios de consulta para profundizar el conocimiento de nuestras posiciones e identificar espacios de interés común que permitan constituir alianzas estratégicas y presentar posiciones comunes en el proceso de negociación. El desafío es impedir la dispersión en las negociaciones, evitando que las naciones hermanas se desgajen y sean absorbidas por la vorágine con que viene presionándose en función de un rápido acuerdo por el ALCA”<sup>3</sup>.*

Para afianzar la integración en Sudamérica, Chávez propuso la asociación de las petroleras de cada país para formar Petrosur, crear un banco regional –Bansur- con las reservas de cada país, avanzar con acuerdos comerciales entre la Comunidad Andina de Naciones y el Mercosur, y avanzar con proyectos de integración cultural y de comunicación, como Telesur. Si bien se empezaron a materializar algunos de estos proyectos, en realidad el ALBA es hasta el momento una iniciativa de algunos países (Cuba, Venezuela, Bolivia, Ecuador y Nicaragua, entre otros centroamericanos y del Caribe), sin mucho mayor apoyo de otros gobiernos, aunque sí fue tomado como bandera por numerosas organizaciones de la sociedad civil de distintos países latinoamericanos, que discuten las propuestas del proyecto venezolano, presentado en forma masiva en el Foro Social Mundial de Porto Alegre, en 2005. El ALBA tiene como desafío ser el puntapié para pensar en una integración al servicio de los proyectos antiimperialistas y socialistas. Imaginado en términos de esperanza, amanecer o alborada, sólo hará cumplir las expectativas enunciadas en tanto se desenvuelva como un proyecto revolucionario en la región. Para ello, debe impugnar no sólo el libre comercio y las políticas neoliberales, sino recuperar el legado antiimperialista que plantearon los revolucionarios latinoamericanos a principios del siglo XIX.

Esta posible integración, enmarcada en el movimiento continental que plantea que “Otra América es posible”, parte de criticar la “integración” neoliberal, que prioriza la liberalización del comercio y las inversiones, y propone una integración en función de la solución de los problemas que aquejan a las mayorías populares (pobreza, indigencia, explotación, analfabetismo, desigualdad, subdesarrollo, deterioro ambiental, endeudamiento externo). Criticada por “idealista”, este tipo de integración propone construir una agenda económica independiente de los intereses de los

---

<sup>3</sup> Declaración de principios del ALBA. En <<http://www.alternativabolivariana.org>>.



*Anais Eletrônicos do I Congresso Internacional de História Regional (2011) – ISBN 978-85-64144-01-9  
- Volume III -*

capitales más concentrados y de los dictados de los organismos internacionales de crédito.

## **7. CONCLUSIONES.**

La dificultad de Estados Unidos para imponer su proyecto del ALCA, a principios del siglo XXI, es uno de los signos de los complejos tiempos actuales. Esa cumbre de presidentes de la región fue el escenario donde se terminó de confirmar el fracaso del plan estadounidense, y en el cual el país del norte debió cambiar de estrategia en la región (de un acuerdo macro, como el ALCA, se pasó a impulsar Tratados de Libre Comercio bilaterales con algunos países). Esto fue posible, entre otras cosas, por un cambio en la correlación de fuerzas en el continente. Mientras que en la III Cumbre de las Américas, realizada en 2001, sólo el gobierno venezolano había enfrentado la aspiración estadounidense de concretar el ALCA, en Mar del Plata fueron cinco los países que se opusieron a firmar la declaración impulsada por Washington, que contenía una mención al ALCA, y entre ellos los tres más con mayores PBI de Sudamérica (Brasil, Argentina y Venezuela). Sólo coordinando sus políticas exteriores, y alentando una integración alternativa, los países latinoamericanos pueden enfrentar los designios de Estados Unidos y otras potencias extracontinentales.

En los últimos años, el Mercosur se vio jalonado por diversas crisis entre sus socios mayores, y Argentina fue perdiendo posiciones frente a su poderoso vecino. Es preciso reconfigurar la lógica anterior en la que primaba una visión de la “integración” limitada a los acuerdos comerciales (en crisis cada vez que se produce un desbalance sectorial o una devaluación en las monedas de sus socios mayores) y orientada por las multinacionales instaladas en la región. Brasil, Argentina, Venezuela, México y los demás países de la región deberían sentarse a coordinar políticas económicas, que incluyan qué tipo de relaciones deben establecerse con las principales potencias, y que establezcan un horizonte de desarrollo más amplio, y no limitar las negociaciones y las discusiones bilaterales a las disputas comerciales por intercambios desequilibrados entre distintos sectores.

El dilema es crucial para el futuro de de América Latina toda. El complejo mundo multipolar y la crisis económica actual en EEUU, Europa y Japón permiten plantearse alternativas que apunten al desarrollo vinculado con los países de la región,



*Anais Eletrônicos do I Congresso Internacional de História Regional (2011) – ISBN 978-85-64144-01-9  
- Volume III -*

manteniendo una posición equidistante con las potencias mundiales que permita un mayor margen de autonomía. En este marco, la disputa por Latinoamérica se transforma en un capítulo esencial en la estrategia norteamericana y en la reacción europea y de otras potencias. Los países de la región tienen, en los próximos años, el desafío de intentar una integración latinoamericana para lograr un crecimiento autosostenido que redunde en beneficios para el conjunto de su población. Esto, por cierto, dista mucho de buscar unirse con el solo objeto de negociar en mejores condiciones la subordinación política y económica con Estados Unidos o Europa, dando por sentado que el dominio mundial que establecen es inevitable. La UNASUR y el ALBA, en este sentido, podrían constituirse en una alternativa, dado el actual estancamiento en las negociaciones con Europa y Estados Unidos. Pero ambos proyectos no pueden prosperar, en un sentido antiimperialista, si no se construyen por fuera de la lógica capitalista.

Los países latinoamericanos reciben permanentes presiones para liberalizar su comercio (tras los intentos del ALCA y los TLCs bilaterales con EEUU y Europa, ahora se suman las presiones de China, uno de los destinos privilegiados de las exportaciones de soja y sus derivados). Sobre la mesa de negociaciones de cualquier acuerdo interregional deberían colocarse algunos de los temas vitales para su futuro: la deuda externa, la desregulación de los movimientos internacionales de capital, los subsidios agrícolas estadounidenses y europeos que perjudican a los sectores agroexportadores, y la integración con los demás países latinoamericanos en función de los intereses populares. Si bien el carácter asimétrico de la relación entre América Latina y Estados Unidos puede llevar a plantearse sólo las alternativas “realistas” -considerar como inexorable la subordinación a la potencia de turno-, la historia ofrece algunos aprendizajes en cuanto a los intentos de unión “panamericana” de Estados Unidos y a la “resistencia” de los países del Cono Sur. Es preciso abandonar por completo la línea del “realismo periférico” y el “regionalismo abierto”, que imperó en la década del noventa, y buscar alternativas de integración para ampliar el margen de autonomía frente a Estados Unidos y Europa, las potencias de turno. Una profundización del vínculo comercial con China, basado en la exportación de soja y sus derivados, no implicaría lograr una mayor autonomía, sino profundizar la primarización económica y la dependencia.



*Anais Eletrônicos do I Congresso Internacional de História Regional (2011) – ISBN 978-85-64144-01-9  
- Volume III -*

Para enfrentar las tendencias de acuerdos comerciales en función de los intereses de los capitales más concentrados de las grandes potencias, sin duda se constituye como una estrategia vital la consolidación de una unión latinoamericana que exceda los acuerdos meramente comerciales y los proyectos enarbolados por las burguesías locales. Al mismo tiempo, es hora de abandonar la idea de que el mejor horizonte posible para Brasil, Argentina o cualquier otro país latinoamericano es constituirse como satélite privilegiado de la potencia de turno -“realismo periférico”-. Estas naciones, por el contrario, están llamadas a consolidar un eje alternativo al proyecto de Estados Unidos de establecer una hegemonía total en América Latina. Pero tampoco deben avanzar en acuerdos similares con la Unión Europea o China. Los países latinoamericanos tienen la necesidad de establecer algún margen de autonomía mayor, en el contexto de un mundo multipolar en el cual las principales potencias incrementan la presión para controlar sus áreas de influencia. No haber podido frenar el reciente golpe de estado en Honduras en un signo de debilidad.

La inserción internacional, entonces, debe tener como objetivo potenciar el desarrollo de sus pueblos, que permita el crecimiento según las necesidades de la población y no que se limite, como plantea la perspectiva “comercialista”, a establecer un “regionalismo abierto” que sólo utilice la “integración” como un trampolín para las colocaciones de ciertos productos exportables en el mercado mundial.

Por fuera de estas alternativas usualmente calificadas como “realistas”, aparece la “otra integración posible” que se plantean los distintos actores sociales y políticos que construyeron en los últimos años la resistencia al ALCA. Esta integración se basa en una integración de los pueblos, en el respeto a los derechos de los trabajadores, en una superación de la integración al servicio de los capitales (y dentro de ellos, de los más concentrados –la mayoría, de los países desarrollados, aunque también comparten sus intereses los sectores intermediarios de los países no desarrollados-). Por supuesto, la unidad en la resistencia a la integración que propone Estados Unidos no se traduce, como también pudo apreciarse a lo largo de la historia del proceso americano, en un único proyecto de integración. Mientras ciertos sectores se oponen a la subordinación a Estados Unidos porque tienen mayores vínculos económicos y políticos con otras potencias (Europa, China, Rusia), otros sectores -pequeñas y medianas empresas, productores orientados al mercado interno- defienden sus intereses burgueses o pequeñoburgueses, que se verían vulnerados por la ampliación de la competencia



*Anais Eletrônicos do I Congresso Internacional de História Regional (2011) – ISBN 978-85-64144-01-9  
- Volume III -*

estadounidense y por el retiro del estado. Por otra parte, los obreros y campesinos se oponen, a través de sus organizaciones, a una integración que ampliaría la concentración y centralización del capital en detrimento del trabajo. Si bien muchos de los sindicatos y organizaciones populares plantean proyectos alternativos reformistas, en alianza con sectores de las burguesías de cada país, también existen diversas tendencias políticas que entienden que la “otra integración posible”, al servicio de las mayorías, debe tener un horizonte antiimperialista y requiere de un proyecto de superación del régimen social vigente.

En la actualidad, cuando se cumplen 50 años del lanzamiento de la ALPRO, y cuando el presidente de Estados Unidos, Barack Obama, visitó nuevamente América Latina para relanzar (una vez más) las relaciones con la región, es muy necesario prevenir contra los (viejos) discursos que plantean que la alternativa para los países de la región, de acuerdo al “realismo periférico”, es constituirse como satélites privilegiados de la potencia del norte, para conseguir concesiones en materia comercial, financiera o política. Estas corrientes analizan cualquier gesto de autonomía en términos de “costos”, y como expresión de la propensión a la “desmesura”. Por el contrario, la historia del vínculo de la potencia del norte con la región, muestra que es imprescindible profundizar la integración latinoamericana por fuera de los planes de Washington.



*Anais Eletrônicos do I Congresso Internacional de História Regional (2011) – ISBN 978-85-64144-01-9  
- Volume III -*

**1º Congresso Internacional de  
História Regional**

Mercosul: integração e desencontros.

28 a 30 de setembro de 2011